

Descripción del infierno por almas místicas

- 1- Josefa Menendez, « *Un appel à l'amour* », Éditions de l'Apostolat de la Prière, Toulouse, France, 1938, 729 pages.
- 2- Père Marie-Eugène de l'Enfant-Jésus, « *Je veux voir Dieu* », Éditions du Carmel, 84210 Venasque, France, 1998, 1158 pages.
- 3- Sœur Faustine, « *Petit journal de Sœur Faustine* », Éditions Jules Hovine, France, 1985, 704 pages.
- 4- Sœur Bèghe, « *Dieu et les Hommes* », Éditions Résiac, France, 1992, 107 pages.

Descripción del infierno por Josefa Menéndez (1890-1923)

En *Un appel à l'amour* [*Un llamamiento al amor*]

páginas 243 a 245 de la versión francesa

« En la noche del miércoles al jueves 16 de marzo, alrededor de las diez, escribe Josefa Menéndez, empecé a oír, como los días anteriores, un ruido confuso de gritos y cadenas. Me levanté, me vestí y, muerta de miedo, me arrodillé cerca de mi cama. El ruido se acercaba cada vez más. Salí del dormitorio sin saber qué hacer. Me dirigí a la celda de nuestra beata Madre. Luego, volví a mi dormitorio. Pero me seguía rodeando el mismo ruido terrible. De repente, vi al demonio. Estaba frente a mí y gritaba: « Átenle los pies... átenle las manos...»

Instantáneamente, no vi más dónde estaba, sentía que me ataban fuertemente y que me llevaban. Otras voces bramaban: « ¡No hay que atarle los pies, sino el corazón! »

Y el demonio respondía: « ¡Pero no es mío! »

« Entonces, me arrastraron en la oscuridad por un largo pasillo. Empecé a oír unos gritos horribles que venían de todas partes. En las paredes de ese estrecho pasillo, enfrentados, había nichos de los que salía humo sin fuego y cuyo olor era intolerable. Desde allí, se escuchaban voces que proferían todo tipo de blasfemias y palabras impuras. Algunas maldecían a su cuerpo, otras a sus padres. Otras se lamentaban de no haber aprovechado la oportunidad o la luz para abandonar el mal. En fin, era una confusión de gritos llenos de rabia y desesperación.

« [...] Me arrastraron por una especie de pasillo sin fin. Después, recibí un golpe violento que me dobló en dos y me metió en uno de esos nichos. Sentía que me apretaban entre planchas incendiadas y que me atravesaban con agujas ardientes. Enfrente de mí y a mi lado, había almas que maldecían y blasfemaban. Eso era lo que más me hacía sufrir... Pero lo que no se compara con ningún tormento es la angustia que siente el alma al verse separada de Dios...

« Me pareció haber pasado muchos años en ese infierno, pero, sin embargo, sólo estuve seis o siete horas... De repente, me sacaron con violencia y me encontré en un sitio oscuro donde el demonio, después de haberme golpeado, desapareció y me dejó libre... ¡No puedo describir lo que sintió mi alma cuando me di cuenta de que estaba viva y que podía seguir amando a Dios!

« [...] No sé lo que estoy dispuesta a soportar con tal de evitar ese infierno, aunque tenga tanto miedo de sufrir. Veo con claridad que todos los sufrimientos del mundo no se comparan en nada con el dolor de no poder amar más, ¡ya que allí sólo se respira el odio y la sed de perdición de las almas!...»

Desde entonces, Josefa experimenta con frecuencia este dolor misterioso. En efecto, todo es misterio durante esas largas sesiones en el más allá tenebroso. Cada vez que ocurre, presiente su llegada gracias a los ruidos de cadenas y de gritos lejanos que se acercan, la rodean y la agobian. Trata de escaparse, distraerse, trabajar para huir de esta avalancha diabólica que termina, sin embargo, por abatirla. Sólo puede refugiarse en su pequeña celda hasta que pronto pierde conciencia de lo que la rodea. Primero, llega a lo que llama "un sitio oscuro" frente al demonio que triunfa sobre ella y que le hace sentir que se apoderó de ella para siempre. El demonio ordena con violencia que la tiren en ese lugar y Josefa, fuertemente atada, cae en ese caos de fuego y dolores, de rabia y odio.

Ella escribe todo esto con sencillez y objetividad, tal como lo ve, lo oye y lo vive.

Afuera, sólo un ligero estremecimiento anuncia su misteriosa partida. En ese mismo instante, su cuerpo se vuelve completamente flexible y sin consistencia alguna, como aquél cuya vida acaba de desaparecer desde apenas unos minutos. Su cabeza, sus miembros no se sostienen más, sin embargo, su corazón late normalmente: ¡Josefa vive sin vivir!

Dicho estado continúa aún un poco, según la voluntad de Dios que la entrega así al infierno, pero que la protege con su mano muy segura.

En el instante fijado por Él, se produce un nuevo e imperceptible temblor, y su cuerpo abandonado recobra vida.

No obstante, todavía está bajo el control del demonio que no deja de golpearla. En este sitio oscuro donde sólo ve al demonio, este último la ultraja y la amenaza antes de que ella pueda liberarse de su poder.

Cuando por fin la deja y vuelve lentamente en sí, las horas que pasó en el infierno le parecieron una eternidad. Poco a poco, retoma contacto con los lugares y las personas que la rodean. « ¿Quién soy? ¿Quién es usted? ¿Estoy viva? » se pregunta. Sus pobres ojos intentan encontrar el marco de una vida que le parece tan lejana en el pasado. A veces, llora en silencio, mientras que su fisonomía lleva la impronta de un dolor indescriptible. Finalmente, termina por recobrar el sentido de lo que la rodea y no logra expresar la intensa emoción que se apodera de ella cuando se da cuenta de que todavía puede amar.

Lo escribió varias veces mediante términos cuyo simple ardor no puede ser interpretado:

« Domingo 19 de marzo de 1922, tercer domingo de Cuaresma. Volví a bajar a ese abismo donde siento que permanezco durante varios años. Sufrí mucho, pero el peor tormento consiste en creer en la imposibilidad de amar a Nuestro Señor para siempre. También, cuando vuelvo a la vida, estoy loca de alegría. Siento que Lo amo más que nunca y para demostrárselo estoy dispuesta a sufrir todo lo que Él quiera. Siento sobre todo que aprecio y que amo mi vocación con locura.»

Un poco más lejos, agrega las siguientes palabras: « Lo que veo me da valor para sufrir. Entiendo el precio del más mínimo sacrificio: Jesús los recoge y los utiliza para salvar almas.

Evitar el sufrimiento, incluso en las cosas más pequeñas, es como estar ciego, ya que no sólo es de un gran valor para nosotros, sino que también sirve para preservar muchas almas de tan grandes tormentos.»

En Un appel à l'amour [Un llamamiento al amor]
página 688 de la versión en francés

Sor Josefa registró también las acusaciones que dichas almas se hacían contra sí mismas:

« Algunas gemían a causa del martirio que padecían en sus manos. Creo que eran ladrones, ya que decían: '¿Dónde has tomado eso? ¡Malditas manos! ¿Por qué esa ambición de tener lo que no me pertenece, ya que sólo podía quedármelo unos días?...»

« Otros maldecían a su lengua, sus ojos... cada cual maldecía el motivo de su pecado: '¿Viste, cuerpo mío, ahora estás pagando las delicias que te permitías?... ¡y tú fuiste quien así lo quisol!» (2 de abril de 1922)

« Me pareció que las almas se acusaban sobre todo por los pecados contra la pureza, los robos, los comercios fraudulentos. Creo que la mayoría estaban condenados por estos motivos.» (6 de abril de 1922)

« Vi a muchas personas del mundo caer en este abismo sin poder explicar ni comprender el grito que proferían y de qué manera sus gemidos se volvían de repente aterradores: '¡Eterna maldición!... Me equivoqué, me perdí... estoy aquí para siempre... no hay más remedio... ¡ite maldigo!...»

« Algunas almas acusaban a una persona, otras, a una circunstancia, y todas, ¡el momento de su condena! » (septiembre de 1922)

« Hoy he visto caer en el infierno a una gran cantidad de almas. Creo que eran personas de este mundo. El demonio gritaba: « Ahora, el mundo está a punto para mí... Sé que la mejor manera de atrapar las almas... es incitándolas a gozar!... ¡No! ¡Yo quiero ser la primera... yo antes que todos!... Y, sobre todo nada de humildad para mí. ¡Déjame gozar! Esto es lo que me asegura la victoria, lo que los hace caer numerosos en este infierno.»

(1.º de octubre de 1922)

En Un appel à l'amour [Un llamamiento al amor]
páginas 693 a 696 de la versión en francés

Al igual que las otras veces que bajó al infierno, sor Josefa no tiene ningún pecado propio para merecer semejante desgracia. Nuestro Señor sólo quiere que padezca las consecuencias como si las hubiera merecido. Y prosigue:

« Instantáneamente, me encontraba nuevamente en el infierno, pero esta vez no me arrastraron como las veces anteriores. Mi alma se precipitó sola, se lanzó como si deseara desaparecer de la vista de Dios para poder odiarlo y maldecirlo.

« Mi alma se dejó caer en un abismo cuyo fondo no llega a verse, ya que es inalcanzable... Enseguida, oí a otras almas que se alegraban de verme bajo esos tormentos. Ya es un martirio el hecho de oír esos gritos horribles, pero creo que ese dolor no se compara con la

sed de maldición que se apodera del alma, y icuanto más se maldice, más aumenta esa sed! Jamás había padecido algo similar. Antes, mi alma estaba atormentada por tan terribles blasfemias, incluso era incapaz de producir un acto de amor. Pero hoy, iera todo lo contrario!

« Vi el infierno como siempre, los largos pasillos, las cavidades, el fuego... Oí a las mismas almas gritar y blasfemar, puesto que lo escribí varias veces, que aunque no se vean formas corporales, los tormentos se sienten como si los cuerpos estuvieran presentes y las almas se reconocen. Éstas gritaban: « ¡Eh! ¡Aquí estás!... ¡Al igual que nosotros! ¡Éramos libres de tomar o no esos votos!... Pero ahora...» Y maldecían esos votos.

« Entonces, sentí que me empujaron en un nicho en llamas y que me sentía apretada entre dos planchas encendidas, como si puntas de hierro ardientes me atravesaran el cuerpo.»

Aquí, sor Josefa repite los múltiples tormentos que padece cada miembro del cuerpo: «Sentí como si quisieran, sin lograrlo, arrancarme la lengua, lo que me reducía al extremo de un dolor atroz; sentía que los ojos se me salían de la órbita; creo que era a causa del fuego que los quemaba. Ni una sola uña se salvaba de tan horrible tormento. Ni siquiera podía mover ni un dedo en busca de un poco de alivio; ni siquiera cambiar de posición; el cuerpo está como aplastado y doblado en dos. Los oídos están abrumados por tantos gritos de confusión que no cesan ni un instante. Un olor nauseabundo y repugnante nos asfixia y lo invade todo; parece carne en estado de putrefacción que se quema con pez, con azufre... una mezcla que no se puede comparar con nada en este mundo.

« Todo esto lo sentí como las otras veces y aunque esos tormentos eran terribles, no se comparan con el sufrimiento del alma. Ésta sufre de manera indescriptible. Hasta ahora, cada vez que bajaba al infierno, sentía un dolor intenso, porque creía que había sido condenada por haber abandonado la religión. Pero no fue así esta vez. Estaba en el infierno, pero tenía una marca especial que indicaba que yo era una religiosa; era una marca que indicaba que mi alma había conocido y amado a Dios, y podía ver a otras almas de religiosos y religiosas que tenían la misma marca que yo. No puedo precisar cómo los reconocía. Quizás por la manera especial en que los otros condenados y demonios los insultaban. También había muchos sacerdotes. No puedo describir dicho sufrimiento, el cual fue muy diferente del que había padecido otras veces, puesto que si el tormento de un alma mundana es terrible, no se compara en nada con el del alma de un religioso. Estas tres palabras estaban impresas en el alma como un punzante remordimiento: pobreza, castidad y obediencia.»

« - ¡Pobreza! ¡Eras libre y lo prometiste! ¿Por qué entonces te procuraste ese bienestar? ¿Por qué te quedaste con ese objeto que no te pertenecía? ¿Por qué le diste esa comodidad a tu cuerpo? ¿Por qué te tomabas la libertad de disponer de las cosas que eran propiedad de la comunidad? ¿Acaso no sabías que ya no tenías ningún derecho de poseer nada? ¿Que tú mismo habías renunciado a eso? ¿Por qué murmurabas cuando te faltaba algo o cuando te parecía que no te trataban como a los demás? ¿Por qué?»

« - ¡Castidad! Tú mismo hiciste ese voto, libremente y totalmente consciente de lo que dicho voto exigía. Tú mismo te obligaste. Tú mismo así lo quisiste. Y después, ¿cómo lo has observado?... ¿Por qué no permaneciste allí donde te podías conceder placeres y alegría?»

Y el alma responde sin cesar con una tortura indescriptible: « Sí, hice ese voto y era libre... pude no haberlo hecho, pero lo hice y era libre! »

¡No hay palabra para expresar el martirio de semejante remordimiento, escribe sor Josefa, junto con los insultos de los otros condenados! Y continúa diciendo:

« - ¡Obediencia! Tú mismo te obligaste a obedecer la Regla, a tus Superiores libremente. Entonces, ¿por qué juzgabas lo que se te ordenaba? ¿Por qué desobedecías a la voz del reglamento? ¿Por qué te dispensabas de esa obligación de vida comunitaria? Recuerda la suavidad de la Regla... y así y todo no la aceptaste! Y ahora, braman las voces infernales, debes obedecernos a nosotros, pero no por un día, ni por un año, ni por un siglo... sino por siempre... por la eternidad... Tú así lo quisiste: eras libre...»

« El alma recuerda siempre que había elegido a Dios como su esposo y que Lo amaba por sobre todas las cosas... que por Él había renunciado a los placeres más legítimos y a todo lo que más quería en este mundo; que al comienzo de la vida religiosa, había disfrutado de la dulzura, la fuerza y la pureza de ese Amor divino y que ahora, a causa de una pasión desordenada, debía odiar eternamente a ese Dios que la había elegido para amarlo.

« Esa necesidad de odiar es un deseo que consume el alma... Ni un solo recuerdo podrá aliviarla...

« Uno de los mayores tormentos, agrega sor Josefa, es la vergüenza que la rodea. Es como si todas las almas condenadas que la rodean le gritaran sin cesar: « Que nosotros nos hayamos perdido, puesto que carecíamos de la ayuda que tú tenías, no es nada raro... Pero a ti, ¿qué te faltaba? Tú que vivías en el palacio del Rey... Tú que comías en la mesa de los elegidos...»

«Todo lo que escribo, concluye sor Josefa, no es más que una sombra comparado con lo que sufre el alma, ya que no existen palabras para explicar semejante tormento.»

(4 de septiembre de 1922)

Descripción del infierno por santa Teresa de Ávila (1515-1582)

en *Je veux voir Dieu* [Quiero ver a Dios]

páginas 151 y 152 de la versión en francés

« [...] si la muerte separa de su cuerpo a un alma que aún carga con el pecado, ya no podrá deshacerse de 'esa pez' que está sobre el cristal del alma.» El alma permanece entonces en una actitud de alejamiento de Dios. Es el infierno eterno, como consecuencia normal del pecado y de la inmutabilidad en la que se encuentra fijada el alma en la eternidad. Aquí abajo, los poderes del alma encontraban, en los bienes particulares, una cierta satisfacción, lo que aliviaba o lo hacía indiferente a la privación de Dios. En la eternidad, el único bien que existe es el de Dios. El alma se encuentra en el vacío y sus poderes para alcanzar el descanso y el alimento divino sufren estando en ese vacío de hambre y sed profundos e insaciables. La principal pena del infierno es la condenación eterna o privación de Dios. Dicho infierno fue creado por el mismo pecado y por la actitud de oposición que le impuso al alma. Esta privación de Dios hace estremecer a santa Teresa que clama:

« Oh, almas redimidas por la sangre de Jesucristo, ideben comprender en qué estado han caído y tener piedad de ustedes mismas! ¿Cómo es posible que si lo entienden no hagan ningún esfuerzo para sacar la pez del pecado que se encuentra en el cristal de su alma? Sepan que si mueren encontrándose en ese estado, ya no podrán jamás gozar de la luz del sol divino.»

A la pena de condenación se agrega la pena del fuego que quema sin consumir, un fuego inteligente que mide su ardor en función de la gravedad y la cantidad de los pecados y que varía el punto de aplicación según el tipo de pecado.

Una visión le permitirá a santa Teresa ilustrar dicha descripción. Se trata de una visión del infierno que, según nos cuenta ella, fue "una de las gracias más significativas que el Señor le ha concedido" y la cual relata en el libro de su vida:

« [...] un día, mientras oraba, sentí, repentinamente, sin saber cómo, que me transportaban al infierno... Esa visión duró muy poco. Sin embargo, durante todos los años de mi larga vida, me resultó imposible olvidar ese momento.

La entrada se asemejaba a un callejón muy largo y estrecho, o incluso a un horno extremadamente profundo, oscuro y angosto. El fondo parecía fango. Estaba muy sucio, nauseabundo y repleto de reptiles venenosos. En el extremo, había una cavidad muy estrecha cavada en el muro en forma de nicho adonde fui a parar. Todo eso era un placer para la vista comparado con lo que sentí después, ya que todavía no lo he descrito como se debe.

En cuanto al sufrimiento que tuve que soportar en ese lugar reducido, me resulta imposible darles la menor idea de lo que sentía, puesto que no lo comprenderían jamás. Sentí en mi alma como un fuego cuya naturaleza me resulta imposible describir. Mientras tanto, mi cuerpo era víctima de intolerables tormentos... Además, me parecía que ese tormento sería interminable e incesante. Y, sin embargo, dichos sufrimientos no se parecen a nada comparados con la agonía del alma. Esta última padece una opresión, una angustia, una aflicción tan sensible, una pena tan desesperada y tan profunda, que no sabría cómo describirla. Si digo que le arrancan a uno continuamente el alma, es poco ya que, en ese caso, otro le saca a uno la vida. Pero aquí, la misma alma se hace pedazos. Confieso que no sabría darles una idea de ese fuero interior y de esa desesperación que se agregan a los tormentos y dolores tan terribles. No veía quién me hacía sufrir así, pero sentía que me quemaba y que me cortaban en pedazos. Lo repito, lo más horripilante eran el fuero interior y la desesperación del alma.

En ese lugar tan repugnante, en el que se proscribía para siempre la menor esperanza de consolación, resulta imposible sentarse o acostarse, ya que no hay espacio suficiente; estaba encerrada en un hueco hecho en el muro; las mismas paredes, horribles para la vista, lo agobian a uno con todo su peso; todo lo ahoga a uno; no hay ninguna luz, sino las más espesas tinieblas. Y, sin embargo, me resulta imposible comprender como, pese a esa falta de luz, se percibe todo lo que puede llegar a ser un tormento para nuestros ojos.

Por lo pronto, el Señor no quiso mostrarme más nada del infierno. Desde entonces, me dio una visión de cosas espantosas y de castigos infligidos debido a ciertos vicios; esas

torturas me parecían mucho más horribles para la vista, pero como yo no sufría esa pena, no me causaban tanto miedo.»

Santa Teresa de Ávila termina su descripción de la siguiente manera:

« [...] Estoy horrorizada. A pesar de los seis años que pasaron desde entonces, siento tanto terror al escribir estas líneas que me parece que mi sangre se hiela en mis venas aquí mismo donde me encuentro...» Y concluye:

« Desde entonces, y lo repito, todo me parece fácil comparado con un solo instante de esas torturas que debía soportar. Me asombra incluso que después de haber leído con frecuencia libros en los que se da una idea de las penas del infierno, no haya tenido miedo como hubiera debido y que no me haya hecho una idea más precisa sobre ese tema.»

Descripción del infierno por sor Faustina, en *Petit journal de Sœur Faustine*

[Diario: la divina misericordia en mi alma]

páginas 277 y 278 de la versión en francés

« Hoy fui introducida por un ángel en los abismos del infierno. Es un lugar de grandes suplicios y su extensión es terriblemente grande. Éstos son algunos de los sufrimientos que vi:

- El primer sufrimiento del infierno es la pérdida de Dios.
- El segundo: los perpetuos remordimientos de la conciencia.
- El tercero: el destino de los damnificados no cambiará jamás.
- El cuarto: el fuego penetrará en el alma sin destruirla. Es un sufrimiento terrible, puesto que es un fuego puramente espiritual prendido por la ira de Dios.
- El quinto sufrimiento son las continuas tinieblas, un olor terrible, asfixiante. Y, pese a las tinieblas, los demonios y las almas se ven mutuamente y ven también todo el mal de los otros y el propio.
- El sexto sufrimiento es una desesperación terrible, el odio de Dios, las maldiciones, las blasfemias.

Son los sufrimientos padecidos por todos los condenados, pero no es el final de los sufrimientos. Hay sufrimientos destinados a ciertas almas en particular: son los sufrimientos de los sentidos. Cada alma recibe un terrible tormento según sus pecados. Hay criptas, abismos de tortura que son terribles y donde cada suplicio es diferente. Hubiera muerto de tan sólo ver tan terribles sufrimientos, si la omnipotencia de Dios no me hubiera sostenido.

Que cada pecador sepa que será torturado durante toda la eternidad en función de los sentidos que haya utilizado para pecar.

Dios me ha ordenado escribir esto para que ningún alma pueda decir que el infierno no existe o que, como nadie ha estado allí, no se puede saber cómo es. Yo, sor Faustina, por orden de Dios, penetré en los abismos del infierno con el objeto de hablarles a las almas y dar testimonio de su existencia. Ahora, ya no puedo hablar. Dios me ha ordenado escribirlo. Los demonios me odiaban, pero Dios los obligaba a obedecerme. Lo que he escrito es sólo un reflejo de lo que he visto.

Algo que noté es que había allí muchas almas que dudaban de la existencia del infierno. Cuando volví en mí, no podía calmar el terror que sentía al ver semejante sufrimiento de las almas. También, rezo con mayor fervor por la salvación de los pecadores. No dejo de pedir la misericordia divina para ellos. Oh, Jesús mío, prefiero agonizar hasta el fin del mundo en los mayores suplicios antes que ofenderte con el menor de los pecados.»

Descripción del infierno por sor Bèghe en *Dieu et les Hommes* [Dios y los hombres]
páginas 64 y 65 de la versión en francés

« El infierno es mucho más que el lugar y el estado de los demonios y de las almas humanas en rebeldía y en eterna muerte; es también el lugar de la destrucción del alma y de todo tipo de vida. El infierno es lo contrario de la obra creadora; el infierno es la obra destructora de la criatura que no cesa de destruir, arruinar, demoler y matar. El infierno es el lugar de la guerra más espantosa, más cruel, más llena de odio y la más implacable que exista. El infierno es el lugar de la criatura desencadenada, desfigurada, desnaturalizada, deformada y demacrada. El infierno es el lugar más terrible que existe, porque es el resultado de la resistencia contra el Amor perfecto y contra la belleza perfecta. La vida que no quiere alcanzar el objetivo de su vida no cesa por lo tanto de existir; la vida que no cesa de existir, aunque rechace el origen de su vida, sólo puede continuar su existencia en la muerte. La muerte de la vida es lo opuesto a la vida, y es un error confundir la existencia en la muerte con la ausencia de existencia. La muerte es la existencia en el rechazo de la vida, mientras que la vida es la existencia en Dios. El infierno no es la obra de Dios, sino el abandono del pensamiento de Dios. El infierno es la obra más horrible, más terrible y más abominable de la criatura, que forja de manera voluntaria, implacable e incansablemente la desgracia en la cual se encadena y en la cual se encierra a sí misma en toda la lucidez de su voluntad depravada. El infierno es la ausencia de toda bondad, toda piedad, todo amor, toda amistad, toda compasión, todo afecto, toda afinidad. El infierno es el reino del odio, de la resistencia, de la aversión, de la prevaricación, de la difamación y de la privación. Las almas y los demonios que allí viven sienten cada vez más odio, se vuelven cada vez más rebeldes, más detestables, más prevaricadores y más difamadores. El desarrollo de sus sentimientos es proporcional a su ardor en el mal, al igual que el santo será cada vez más santo y obtendrá de Dios nuevas expresiones de santidad en la santidad infinita e inagotable de la perfecta santidad.»

Selección de textos:

Claude Lamy

3130, Arsenault, Québec

El 2 de octubre de 2008

C-Lamy@videotron.ca

Traducción: Karina Satriano
